

pues, como dice San Agustín, «la lucha de la carne es continua y la victoria dificultosa» (1); pero también afirma San Pablo, que el poder de Dios brilla con más vivos resplandores, sosteniéndonos en medio de los más rudos combates (2). Por eso, estribando el Apóstol en la promesa divina, atrévese á exclamar: «*Todo lo puedo en Aquél que me conforta*» (3), esto es, en Cristo Jesús, Señor nuestro. En una palabra, «la religiosa—como dice el Venerable P. Nieremberg—no había de usar de los ojos, sino para mirar la tierra en que se ha de convertir (4). Ni había de tener oídos, sino para oír la palabra de Dios. La boca no había de abrir, sino para alabar al Señor. El tacto sólo había de ocupar en el ejercicio de la penitencia, en la cama dura y en el vestido áspero» (5).

*Lo espiritual.*—Pero no lo habremos hecho todo, hermanas mías, con mortificar «lo sensible», esto es, el cuerpo y los sentidos, si no mortificamos también «lo espiritual», es decir, el alma con sus potencias; porque, como dice bien un piadoso autor, «no al cuerpo, sino al alma debemos achacar nuestros vicios, pues el alma, y sólo ella, es principio de las sensaciones y movimientos de la vida corporal» (6). «Aflige tu cuerpo—dice el mencionado P. Nieremberg,—pero castiga más tu voluntad: no importa tanto lastimar tu carne con disciplinas y cilicios, como rendir tu querer y tu juicio» (7). Nada hay en el mundo tan invencible como nuestra voluntad; pero como es hechura divina, si queremos asegurarla un largo y pacífico reinado sobre todo cuanto en nuestro sér la está sometido, pongámosla en manos de Dios y de nuestros legítimos Superiores, porque ésta es la única manera de triunfar de las continuas rebeliones del amor propio, de

(1) Serm. 150, de tempore.  
 (2) II. Corinth, XII, 9.  
 (3) Philipp., IV, 13.  
 (4) Génes., III, 19.

(5) Perfec. relig., párr. IV.  
 (6) Arnaldo, abad, De carn. oper. Christi.  
 (7) Avis. espirit., n. 36.

lograr la perfecta libertad y de ser verdaderamente hijos de Dios (1) é imitadores de Jesucristo, el cual *se anonadó á sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte de cruz* (2). Ahora bien; si mortificar la carne con los sentidos es someterla al espíritu, rendir el juicio y la voluntad es *someterlos á la fe*, dice el Apóstol (3), esto es, al dictamen del Superior, que manda en nombre de Dios. Quien somete su juicio á la fe, rinde á Dios el homenaje más digno y el más agradable que puede ofrecerle la criatura; y quien somete la propia voluntad, consuma el holocausto espiritual en aras del amor más acendrado, holocausto que sube en olor de suavidad hasta el trono de Dios, el cual ha prometido recompensarlo con *el céntuplo en esta vida y la gloria eterna en la otra* (4). Y esto es muy lógico, porque la unión perfecta de nuestra voluntad con la divina, constituye el más alto grado de santidad que podemos lograr en este mundo. Quien de esta suerte vive unido con Dios, es dueño de sí mismo, dueño de la naturaleza y del mundo, de la vida y de la muerte, porque vive animado del Espíritu de Dios, y sólo desea, busca y ama lo que conoce ser del divino beneplácito (5); y se alegra en la tribulación y en la prosperidad, en la humillación y en la exaltación, y dice á Dios con el profeta Isaías: «*Tú, Señor, eres el alfarero, y yo soy el barro: obra soy de tus manos*» (6). «Nuestro corazón—dice Santo Tomás de Villanueva—es »harto pequeño para que puedan caber dos en él: salgamos »nosotros y entrará Cristo, y entonces podremos decir con »verdad que nos hemos negado á nosotros mismos» (7), y repetir con el Apóstol: «*Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en*

(1) Joann., VIII, 32; Rom., VIII, 21.  
 (2) Philipp., II, 7-8.  
 (3) II. Corinth., X, 5; Hebræ., X, 22.

(4) Matth., XIX, 29.  
 (5) I. Joann., III, 22.  
 (6) Isaí., LXIV, 8.  
 (7) Conc. IV, De uno mart.

mi» (1), y confío que Él me llevará al monte del Señor y á los tabernáculos de la gloria (2).

### Tome su cruz.—Sustine

Mas para ir en pos de Cristo, no basta negarse á sí mismo; no basta abstenernos de lo que deleita al cuerpo ó puede perjudicar al alma, sino que debemos también abrazarnos con la cruz, esto es, «tolerar ó sufrir todo lo que repugna á la naturaleza», y ésta es la segunda condición que impone Cristo á quien quiera seguirle. La cruz, hermanas mías, es la bandera de nuestro Capitán Jesucristo, clavada en la cima del Calvario como señal de victoria sobre las potestades del infierno (3), como faro de salvación para los que navegamos por este golfo tempestuoso del mundo. Pero no es ésta la cruz que Cristo desea que llevemos; no es su cruz, sino la nuestra. *Tome cada cual su cruz*—nos dice,—porque la cruz de Cristo, que simbolizaba el peso imponderable de los pecados del mundo (4), sólo Él, que era Dios y hombre, pudo llevarla (5). Nosotros no haremos poco si llevamos la nuestra con paciencia, y nuestra cruz, por grande que nos parezca, es pequeña, suave, ligera y proporcionada á nuestras débiles fuerzas (6). ¿Que dónde hallaremos esa cruz? Dondequiera que pongamos los ojos, si vivimos según el Evangelio, pues «la vida del buen cristiano—dice San Agustín—es ya una cruz». ¿Y qué cruz más pesada que la que nos ofrece esta vida miserable, tan gráficamente calificada por el santo Job de *campo de batalla* (7), en el cual *lucha el espíritu contra la carne* (8) y el

(1) Galat., II, 20.

(2) Psal. LXV, 13; Isai., LVI, 7; II. Corinth. V, 1.

(3) Isai., V, 26; Isai., XLIX, 22; Joann., XVI, 33.

(4) I. Petr., II, 24.

(5) Philipp., II, 7.

(6) Matth., XI, 30; I. Corinth., X, 30.

(7) Job, VII, 1.

(8) Galat., V, 17.

alma contra el mundo y el demonio? Lucha tan tenaz y encarnizada, que logró arrancar al heroico Apóstol San Pablo esta fatídica exclamación: «*Son tantos los males que me abruma y tan superiores á mis fuerzas, que se me hace insoportable hasta la misma vida; pero tengo puesta mi confianza en Dios, que resucita á los muertos*» (1). No, no nos pide Jesús sangre de nuestras venas, ni tormentos, ni espinas, ni azotes, sino tan sólo que nos purifiquemos de nuestros pecados, abrazando con alegría, ó á lo menos con perfecta resignación, las enfermedades, tentaciones, trabajos, injurias, frío, hambre, sed y cuanto nos salga al paso por su amor, y por cierto no nos pide mucho. En efecto: *Jesús inocente tomó sobre sí nuestros pecados, fué llagado y despedazado por nuestras maldades, y con sus llagas fuimos curados* (2); y nosotros los culpables, ¿no queremos *suplir en nuestra carne*—dice San Pablo—*lo que resta que padecer á Cristo en su cuerpo místico* (3), sufriendo por su causa algún trabajo? ¿No tendremos á mucha honra, ¡honra inmerecida!, el poder servir de Cireneos, aliviando espiritualmente á Cristo el peso imponderable de su cruz? (4). Escuchad cómo se lamenta del abandono en que le tienen las almas por cuya salud perdió la vida: «*Esperé—dice por el Profeta—que alguno se condoliese de mí y me consolase, mas no hallé quien lo hiciese*» (5). Esto dijo Cristo, no porque necesitara consuelo ni ayuda, pues, como dice por Isaías, *el lagar lo he pisado yo solo, sin ayuda de nadie* (6), sino porque exige la recta justicia (7) que nadie se salve por fuerza ni que se adjudique la corona á quien no la merezca (8).

De suerte que entendemos por cruz, todo lo que repugna á la naturaleza, todo lo que mortifica y humilla al amor

(1) II. Corinth., I, 8-9.

(2) Isai., LIII, 4-5; I. Petr., II, 24.

(3) Coloss., I, 24.

(4) Joann., XI, 16; Philipp., I, 29;

I. Petr., III, 14.

(5) Psal., LXVIII, 21.

(6) Isai., LXIII, 3.

(7) Psal. XVIII, 9; Psal. CXVIII, 137.

(8) II. Timoth., II, 5.

propio, todo lo desabrido á la carne rebelde y á sus apetitos. Dios desea nuestra santificación (1) y *la renovación de nuestro espíritu*, escribe San Pablo (2), y quiere podar la vida de nuestra alma para que produzca frutos sazonados (3), y por ello nos envía enfermedades, y permite que se nos calumnie, y que se nos humille, y que se hable y piense mal de nosotros, y que el enemigo nos sugiera ideas de temor ó de desconfianza ó imaginaciones impuras, todo ello para purificar-nos *como oro en el crisol* (4) y para desprendernos de todas las criaturas. Si deseamos, pues, *ser compañeros de Cristo en la gloria, no rehusemos serlo ahora en la cruz* (5), *pues los quebrantos y penas de la vida presente no sufren comparación con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros* (6). En consecuencia, bendigamos nuestra cruz y carguemos con ella, como hizo Jesús, el cual *ofrecióse á la muerte porque quiso* (7), y no esperó á recibirla de los soldados, sino que Él mismo la abrazó con efusión para que le imitasen *los predestinados, que habian de ser conformes con su divino original* (8). Abrazados, pues, con nuestra cruz, sigamos á Cristo, y ésta es la última condición que nos exige.

### Sígame

Seguir á Cristo, es propio y exclusivo de las almas fervorosas que aspiran á la perfección. Quien á ello no se resuelve y emprende otro camino, anda extraviado y en peligro de perderse eternamente. De muchos filósofos paganos se lee que, enamorados de la filosofía, por ella renunciaron sus

(1) Levít., XI, 44.

(2) Ephes., IV, 23.

(3) Joann., XV, 2; Rom., VII, 4.

(4) Sapient., III, 6; Prov., XVII, 3.

(5) Rom., VIII, 17.

(6) Rom., VIII, 18.

(7) Isai., LIII, 7; Joann., X, 17-18.

(8) Exod., XXV, 40; Rom., VIII, 29.

intereses, abandonaron el siglo haciendo vida solitaria, negáronse á sí mismos, toleraron con paciencia los trabajos y contradicciones de la vida; pero no conocieron el camino que conduce á la verdadera sabiduría, y perdiéronse para siempre. Nosotros, más afortunados, sabemos por la luz de la fe que este camino es Cristo Señor nuestro. «*Yo soy el camino—nos dice—(1), y quien me sigue, no anda en tinieblas, sino alumbrado con luz de vida*» (2). Pero no todos andan por este camino como debieran. «Unos siguen á Cristo—escribe San Bernardo—(3), pero no lo alcanzan», y son los que, conociendo el camino del cielo, desean vivir cristianamente y salvarse, pero no se resuelven á romper los lazos con que los aprisiona el mundo ó la carne, lo cual les impide darse enteramente á Dios. Éstos olvidan, sin duda, *que nadie puede servir á dos señores* (4), si mandan cosas opuestas. También siguen á Cristo, pero no lo alcanzan, las personas religiosas que, debiendo aspirar á la perfección, viven descuidadas y voluntariamente distraídas en la Religión, y á todo atienden y por todo se interesan y en todo se ocupan, menos en lo que principalmente las ata. Sobradamente pagadas de sí mismas, parece como que andan á caza de obsequios y alabanzas, y se desviven por agrandar y parecer bien á las gentes del mundo, sabiendo que *quien quiere ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios* (5), y que no pueden ser fieles esposas de Cristo, si aman el siglo (6). ¿Qué importa, hermanas mías, que tengamos buen entendimiento y excelentes cualidades, y que seamos agradables y simpáticos en el trato con las gentes, si no empleamos ese entendimiento y esas cualidades en conocernos á nosotros mismos, en desarraigar

(1) Joann., XIV, 6.

(2) Joann., VIII, 12.

(3) In psal. CXVIII.

(4) Deut., XXVIII, 47-48; Matth., VI, 24; III. Reg., XVIII, 21.

(5) Jacob., IV, 4.

(6) Rom., XII, 2.

defectos, en adelantar en la virtud y en hacernos cada día más agradables á nuestro divino Esposo Jesús?... ¿De qué nos servirán en el tribunal de Dios la agudeza de ingenio, la claridad de entendimiento, la bondad de corazón y cuantas bellas cualidades físicas y morales hayamos recibido del Señor, sino de terribles fiscales acusadores, si no hemos negociado con ellas (1) la salvación de nuestras almas, practicando virtudes y viviendo cada día más unidos con nuestro Dios?... Pero estas consideraciones no pueden referirse á vosotras; no, no sois de los que dice San Bernardo que siguen á Cristo de lejos y por eso nunca logran alcanzarlo. Vosotras le seguís y anheláis uniros con Él, y muchas estáis con Él desposadas para siempre, y en Él tenéis vuestro descanso y procuráis servirle, imitando sus virtudes con amor y perseverancia.

Dícenos San Juan en su Apocalipsis, que en el cielo, los que consagraron á Dios su virginidad, *siguen al Cordero immaculado, Cristo Jesús, á dondequiera que vaya* (2). También vosotras debéis seguir á Cristo en la tierra con santa emulación, no sólo como vírgenes consagradas en cuerpo y alma á su servicio, sino también como mártires por el ejercicio de *la caridad, la mayor de las virtudes* (3). Seguidle, pues, hermanas mías, abrazadas con la cruz de la pobreza y con el corazón desprendido de los intereses de la tierra; seguidle cargadas con la cruz de la obediencia, sometiendo ciegamente vuestra propia voluntad y juicio, al juicio y voluntad racional de vuestros Superiores; seguidle, puras como ángeles, *llevando en vuestros cuerpos la mortificación de Cristo*, es decir, renunciando todos los goces y refrenando lo espiritual y lo sensible, *para que resplandezca en vosotras la vida de Jesús*, como dice el Apóstol (4); seguidle, derramando á manos llenas el

(1) Lucas, XIX, 13.  
(2) Apocal., XIV, 4.

(3) I. Corinth., XIII, 13.  
(4) II. Corinth., IV, 10.

dulce bálsamo de la caridad en el corazón de los pobres enfermos, dispuestas á sacrificar en su obsequio la salud, el descanso, la juventud y aun la misma vida. Obrando de esta suerte, lograréis enlazar la corona de vírgenes con la palma de mártires de la caridad, porque éste es el martirio por excelencia, en el cual derramáis gota á gota toda la sangre de vuestro corazón, sangre que recogen en copas de oro vuestros ángeles custodios para ofrecerla ante el trono del Cordero en remisión de los pecados (1) y en testimonio de la caridad más sublime que es posible en este mundo, y que consiste en dar la sangre y la vida por nuestros prójimos (2).

Basta, h. mías. Cargadas con la mística cruz de vuestro estado, que lleváis con tanto amor, proseguid avanzando por ese camino, salpicado con sangre divina. Puestos los ojos en Jesús que nos contempla (3), subamos todos el calvario de la vida; sigámosle en sus humillaciones y afrentas, en sus tormentos y desprecios, en su pobreza y obediencia hasta la muerte. La jornada es ya muy corta; pronto, muy pronto llegaremos á la cumbre, donde nos espera el Esposo para introducirnos en la celestial Jerusalén y sentarnos en el lugar señalado á sus amigos (4), para reinar con Él, y amarle y bendecirle con los ángeles y santos por los siglos de los siglos.

(1) Hebræ., IX, 22.  
(2) Cant., VIII, 7; Joann., XV, 13.  
Rom., X, 3.

(3) Psal. XXXIII, 16; Eccli., XV, 20; I. Petr., III, 12.  
(4) Joann., XII, 26.